



O. C. Lomo X

MI PRIMER ARTICULO

¡El primer artículo! Hay que considerar lo que el primer artículo significa para quien ha escrito luego miles de ellos, para quien lleva más de cuarenta años de articulista, contribuyendo con sus artículos a la historia literaria y política y moral de su patria. Cuando vuelvo mi vista atrás y contemplo mi obra y remontando el tiempo llego con la memoria hasta mi esperanzosa mocedad de los dieciséis años, cuando empecé a escribir, ese misterioso y para mí mismo ya casi mítico primer artículo se me aparece como el último, como el definitivo.

¿Esperanzosa mocedad? No; a los dieciséis años no se tiene esperanzas porque no se tiene recuerdos. Las esperanzas se construyen con recuerdos. La visión del camino por recorrer es proyección del camino recorrido. Es ahora, ahora, cuando voy a llegar a los sesenta cuando brotan las más frescas esperanzas en mi pecho como en el roble viejo brotan cada primavera frescas hojas.

Es ahora cuando me brotan esperanzas. Y surgen éstas, en gran parte, de aquél mi primer artículo, mi primera obra pública.

No lo conservo; no conservo aquel primer retrato de mi alma; no puedo mirarme en aquel espejo de mis dieciséis años. No podría reproducirlo en mi *Juvenilia*. Ni recuerdo bien su fecha; ni si estaba firmado con pseudónimo o si iba anónimo.

Debió de ser hacia 1880, hace ya, pues, cerca de cuarenta y cuatro y se publicó aquí, en las columnas de este diario, en EL NOTICIERO BILBAÍNO, que tenía entonces seis. Sólo me acuerdo de su título: "La unión hace la fuerza", de un detalle de candorosa e ingenua pedantería moceril, y es que hacía en él alusión al lema que figuraba en las monedas belgas—erudición numismática barata—y era el del título del artículo y me acuerdo del sentido general de éste. Su estilo, estoy de ello seguro, sería en su fondo, en sus huesos, el mismo de que hoy me valgo para desnudar mi pensamiento, no para revestirlo. Porque hombre que haya permanecido más fiel a sí

mismo, más uno y más coherente que yo difícilmente se encontrará en las letras españolas. A esa fidelidad y coherencia, a esa unidad central, a esa espesura de caudal me han servido las que los tontos que me motejan de paradojista llaman mis contradicciones, el juego de las antítesis y antinomias de todo pensamiento vivo.

Me acuerdo también de las circunstancias públicas de aquel entonces. Hacía cuatro años que la ley del 21 de julio de 1876, el año fatídico de la Constitución restaurativa hoy yacente, había arrancado al Señorío de Vizcaya los restos de sus fueros dejándole unas escuarras de autonomía administrativa. Habíase formado lo que se llamó el partido euscalerriaco, de que era mentor y guía don Fidel de Sagarminaga el que soñaba en su biblioteca de su casa de la sombría calle de la Ronda, de la calle en que nació. Aún no germinaba el bizkaitarismo. Sabino de Arana, un chiquillo entonces más joven que yo, no había aún ido a Barcelona y a lo más rumiaba en su casa de Albia la anexión de Abando a Bilbao, acicate primero de sus elucubraciones. Yo pasaba por un fervor fuerista, euscalerriaco, pre-bizkaitarresco. Guardo unos cuadernillos de aquel tiempo en que apuntaba mis desahogos en un estilo falso y artificioso, *osiánico*, a semejanza de aquel en que Chao inventó a Aitor. En una de aquellas imprecaciones maldecía a la serpiente negra—el íren—que horadando nuestras montañas verdes nos había traído la ponzoña de la estepa. Aun no se conocía la palabra maqueto, que desde Portugalete se extendió al resto de Vizcaya. En Bilbao los muchachos llamábamos pozanos a los que luego se llamó maquetos.

En tales circunstancias me sentí llamado a exhortar a mis paisanos, a mis conciudadanos, a la unión, a olvidar las diferencias entre liberales y carlistas—entonces no había más—a borrar el recuerdo del 2 de mayo de 1874, a formar





todos un solo frente bajo la enseña de Euzkalerria. Tampoco se conocía ese disparate lingüístico de Euzkadi, invención desatinada de Sabino. No había surgido el pseudo-vascuence de alquimia. Escribí mi artículo "La unión hace la fuerza", procurando darle el tono más severo y grave posible, y se lo envié, por correo interior, a este diario, donde reinaba entonces don Antonio de Trueba. Y Trueba se apresuró a publicarlo.

¿Cuál fué mi emoción al ver por primera vez en letras de molde mis juveniles elucubraciones? No lo recuerdo, pero seguramente me sentí ligado ya a mi pueblo para siempre, obligado a aleccionarle. ¡Había empezado mi carrera de apóstol civil! Trueba, por su parte, creyó—así me lo dijo después—que aquel artículo era obra de un hombre maduro y sesudo y hasta se lo atribuyó a don José María de Lizana, marqués de Casa-Torre. Y es que Trueba era entonces, y siguió siéndolo, más infantil que yo cuando escribí mi primer artículo.

Después de algún otro que envié en la misma forma, me presenté a Trueba, acudí de vez en cuando a la Redacción de este diario y escribí en él, artículos literarios, con mi firma ya. Son mis obras virginales. Aquí, en estas columnas de EL NOTICIERO BILBAINO fui vertiendo mi visión y mi sentimiento de mi tierra nativa, de la Vizcaya que me ha hecho con los huesos del cuerpo, los del alma. Aquí publiqué mis impresiones de Guernica, la del árbol legendario, cuando iba a ella en busca de la que después hice para siempre mi mujer. Aquí publiqué mis primeros versos. Eran doce líneas, referíanse, sin nombrarlo, al árbol de Guernica, y Trueba se creyó obligado a ponerles otros suyos, por contera, y en que se revolvía, a su modo, contra lo que yo decía. Los míos decían: "Arbol solitario se alza en campo yermo—desafia las iras—del rayo del cielo.—Bramó la tempestad; el rayo vino—tronchó del árbol el robusto tronco;—lay del árbol solo

que en campo yermo—desafia las iras del rayo del cielo!" Se me había ya enfriado el primer fervor euzcalerriaco y volvía al espíritu de la fecunda división del 2 de mayo de 1874, volvía al liberalismo.

¡Qué tiempos aquellos! ¿Aquellos? ¡Estos, estos, porque aquellos son estos! Porque sí, sí, aunque apenas lo recuerdo le tengo aquí, en el tuétano de los huesos de mi alma, lo guardo aquí a aquel mi primer artículo. Y al hacer ahora éste, que espero en Dios no sea mi último, siento no la pesadumbre sino el alivio de cuarenta y cuatro años. Cuarenta y cuatro años con más de cuatro mil artículos sin duda. Aquel artículo es el patriarca de una familia de más de cuatro mil hijos que de él salieron. ¡Ni Abraham!

Estoy releendo estos días a mi Tucídides y he vuelto a repasar aquel eterno pasaje en que dice—dice todavía y no sólo dijo—que escribía para siempre. ¡Para siempre! ¿Es la fecundidad prenda de duración, de eternidad? Esos miles de artículos, como las hojas que el viento del otoño arranca al roble van rodando por el suelo, amarillos y ahornagados, a podrirse en montón y a formar el mantillo que abrigará a la tierra de que han de salir mis nuevas hojas de primavera. ¡Ay hijos voladeros de mi espíritu! ¡Para siempre! ¡Ay verde hoja feliz que en la naciente primavera de mi vida temblaste a las brisas de mi Nervión del alma! ¡Para siempre? Y al pensar que estas líneas queden estereotipadas en el mismo diario en que lo fueron aquellas, me pregunto: ¿y toda esta labor... ¿para siempre? ¡Cuarenta y cuatro años!

"La unión hace la fuerza". Sí, mi unión interior, la unidad íntima de mi alma, sobre mis huesos espirituales vasos, esa unión ha hecho mi fuerza. Al ir a tocar a mis sesenta abrazo estremecido al que fui a mis dieciséis. ¿Para siempre?

MIGUEL DE UNAMUNO.

